

LA MODESTIA DEL ESCRIBA: NOTAS SOBRE LA NARRACIÓN EN LA OBRA DE JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

ALICIA NILA MARTÍNEZ DÍAZ, CENTRO UNIVERSITARIO VILLANUEVA

RESUMEN: En el presente trabajo se plantean unas breves reflexiones el arte narrativo del escritor José Jiménez Lozano. A través del análisis de textos del propio autor sobre lo que él considera el “oficio” de narrar y de otros escritos suyos de naturaleza ficcional, se tratará de señalar algunos de los presupuestos fundamentales que rigen la escritura de este Premio Cervantes. **Palabras clave:** José Jiménez Lozano, narración, oficio, poética, lenguaje. **ABSTRACT:** In this paper some brief reflections arise narrative art writer José Jiménez Lozano. Through text analysis of the author himself on what he considers the “job” of telling and other writings of fictional nature, will attempt to point out some of the fundamental assumptions that govern the writing of this Cervantes Prize. **Keywords:** José Jiménez Lozano, story, profession, poetics, language.

Al abrir las páginas de un libro de José Jiménez Lozano los lectores se encuentran con temas, historias, personajes y lugares un tanto inusuales en la narrativa hispánica contemporánea. Además, tanto el estilo como la forma en que se narran esas historias hacen que la obra de este escritor se pliegue poco a los formulismos acartonados que de un tiempo a esta parte abrotan los anaqueles de las librerías.

Desde que en 1971 publicara su primera novela, *Historia de un otoño*¹, Jiménez Lozano ha ido afianzando un hacer literario ciertamente peculiar, desobediente a los dictámenes de las modas literarias y las demandas del público, completamente ajeno a aquello que Cervantes llamaba “la corriente del uso”. A ello se ha de sumar su escasa relevancia pública, pues a pesar de haber recibido varios de los galardones literarios más importantes de este país² la obra de José Jiménez Lozano ha sido desatendida durante décadas en los círculos universitarios, mediáticos y académicos. Ha ido saliendo adelante sola, sin el abrigo de nadie.

Retirado en el pueblecito vallisoletano de Alcazarén y refractario a la ciudad y a los halagos del siglo, el castellano está persuadido de que no es el escritor quien debe viajar y llamar a puertas ilustres para darse a conocer, sino sus escritos. Sabe que la universalidad de un creador no depende del lugar de residencia ni de sus relaciones sociales, sino de su sutileza para desvelar los afanes y las miserias del corazón humano y su esfuerzo por ahondar en el sentido de la vida y el mundo. Estas circunstancias han conducido a que muchos hablen de él como un escritor “de culto” o un escritor “secreto”, pero nada más lejos de la realidad. Su obra nos trae un mensaje rico, amplio, profundo y de una vigencia absoluta: la denuncia de aquello que amenaza hoy lo que conocemos por Humanismo, y que es, o debería ser, el sello de nuestra cultura occidental.

Por todo esto, Pozuelo Yvancos habla de su singularidad dentro del panorama narrativo español: “Nadie escribe hoy como Jiménez Lozano o podría decirse: Jiménez Lozano escribe de una forma que no se parece a la de ningún otro de

1. Hasta la fecha, José Jiménez Lozano ha publicado veinticuatro novelas, nueve libros de cuentos, seis diarios, nueve poemarios, diez volúmenes que recogen su obra periodística y veintidós ensayos, además de numerosos prólogos y artículos que han ido apareciendo en diversos volúmenes. En suma, una obra heteróclita, rica y muy variada, fiel reflejo de la personalidad, gustos e intereses de este singular escritor. Para conocer en detalle la bibliografía de José Jiménez Lozano véase la página web oficial del escritor: http://www.jimenezlozano.com/v_portal/apartados/apartado.asp?te=15

2. De entre los galardones que ha recibido, los más importantes son el Premio Nacional de la Crítica (1988), el Premio Nacional de las Letras (1992) y el Premio Cervantes (2002). Es también Premio Castilla y León de las Letras (1988); Premio Luca de Tena (1994); Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes (1999); Premio Nacional de Periodismo Miguel Delibes (2000); Premio Cossío a la trayectoria profesional (2006). Dos bibliotecas llevan su nombre, una en Ávila y otra, perteneciente al Instituto Cervantes, en Utrecht. También forma parte del Patronato del Instituto Cervantes, del de la Residencia de Estudiantes y de la Fundación Duques de Soria.

nuestros narradores” (Pozuelo, 2004: 219), y es que, como digo, su modo de hacer literatura nada tiene que ver con el mercantilismo apresurado, plano y hueco de ciertos productos literarios de nuestros días.

En los libros de José Jiménez Lozano encontramos un fondo real, una textura y una profundidad extraña, antigua, al mismo tiempo que cercana y amiga, merced de las carretadas de vida que contienen sus historias y que están narradas con la sencilla ostentación que solo un viejo y sabio conocedor del oficio de escribir es capaz de ofrecer. Dicho esto, la pregunta se hace inevitable: ¿de qué hablan las historias de José Jiménez Lozano?

Pues de realidades que aparecen en sus escritos a través del éxtasis de la mirada sobre las cosas concretas. Su escritura comporta una exaltación que tiene una parte de misticismo y de poesía y otra de adelanto científico y/o conocimiento a través de la palabra y el relato. Para él no hay nada que mirado atentamente no sea memorable. Escribir es una tarea tan material, tan sagrada, como verter leche en un cuenco y preparar un alimento sabroso. Escribir es para Jiménez Lozano apresar ese instante fugitivo que parece inmóvil y sigue sucediendo todavía.

Partiendo de este presupuesto, a lo largo de las siguientes páginas nos detendremos a analizar algunas de las cuestiones sobre las que pivota el singular arte narrativo de este escritor. El camino por el que discurrirá este trabajo se detendrá, primeramente, en las consideraciones del propio autor sobre su escritura que han aparecido a lo largo de los años en los textos explícitamente dedicados a ello³; en segundo lugar, se aludirá también a algunos textos de creación en los que el narrador, proyección del escritor, habla sobre su oficio y, en menor medida, se hará referencia a los distintos volúmenes de dietarios publicados por el autor desde 1986, así como a alguna de

sus intervenciones públicas.

Huelga decir que, lógicamente, todos estos escritos podrían ser vistos desde otro punto de vista, pues están abiertos a múltiples interpretaciones. Sin embargo, considero que los textos seleccionados resultan idóneos para el fin que me mueve, que no es otro que el de mostrar que para Jiménez Lozano:

La escritura se concibe como un oficio y no un arte, como el más humilde de los oficios, en el que todo se regala y en el que, paradójicamente, el escritor trabaja con el más noble de los materiales, un lenguaje carnal y verdadero que permite levantar vida con palabras y tejer un manto de esperanza para los hombres y mujeres que habitan sus historias; al tiempo que ofrecer una respuesta a la pregunta de para quién escribe este escritor, o mejor dicho, quién es el único crítico ante el que responde por su trabajo.

LA ESCRITURA: UN OFICIO MODESTO

Dice Jiménez Lozano que “el oficio de escribir es muy humilde por su propia naturaleza, y quien lo tiene sabe que lo que hace en él lo debe a otros. Un narrador es poco más que un amanuense de lo que ve y oye en sus adentros” (Jiménez Lozano, 1996: 158). Con estas palabras, Jiménez Lozano desmitifica la figura del escritor en nuestra sociedad, donde todo trabajo artístico se asocia, inevitablemente, con el espectáculo y la fanfarria.

En contraposición, él concibe la escritura no como un arte, sino como un oficio, el oficio más sencillo y sacrificado de todos. Y así lo explica en *El sello del escriba*, texto que incluye a modo de coda o epílogo de su novela *Sara de Ur*. Aquí nos cuenta cómo para narrar la historia de la hermosa Sara el escriba ha pasado por muchas penalidades, “he puesto con letras y palabras los sucesos de esta narración, con frío y calor, en salud y enfermedad, encerrado en mi casa y en viajes

3. Desde que en el año 1983 aparece el primero de estos textos, titulado “Desde mi Port-Royal”, hasta el 2011, año de publicación de *Las llagas y los colores del mundo. Conversaciones literarias con José Jiménez Lozano*, son muchos los escritos en los que este escritor nos ha brindado sus reflexiones sobre el oficio de escribir y sus aledaños. Consigno aquí algunos de los títulos a mi entender más relevantes: “Desde mi Port-Royal”, “La reconstrucción del recuerdo”, “Por qué se escribe”, “Sobre este oficio de escribir”, *Una estancia holandesa, conversación con Gurutze Galparsoro*, *El narrador y sus historias*, “Palabras y baratijas” (discurso de recepción del Premio Cervantes) y “El oficio de escribir y sus asuntos”, entre otros.

y búsquedas incesantes. Los dedos de mi mano derecha se agarraron con el relente o cansado de apretar el punzón” (Jiménez Lozano, 1989: 117), así como se ha visto expuesto a numerosos peligros, “caí en manos de ladrones de ganado y esclavillas, y muchas veces se llevaron mis notas de las tablas o de los papiros, o sus bestias las patearon en mi presencia. Y otras veces padecí miedo de las fieras del desierto” (Jiménez Lozano 1989: 118).

Agotado por el esfuerzo y embargado por un sentimiento de impotencia ya que, a pesar de todo lo sufrido, se sabe incapaz de “comprender el corazón de Sara y soportar su belleza” (Jiménez Lozano 1989: 120), el escriba decide abandonar su trabajo. Llega entonces a sus manos la carta de un padre a un hijo en la que le recomienda que se haga escriba, pues a sus ojos resulta una labor superior a la mayoría de las que se practicaban en la Mesopotamia de entonces: picapedrero, carpintero, cuyo “trabajo no conoce tregua y tiene que cansarse más allá de sus fuerzas” (Jiménez Lozano 1989: 120), joyero, barbero, alfarero u hortelano, “que tiene que uncirse el yugo: sus dos hombros se doblan bajo el corvejón” (Jiménez Lozano 1989: 121). Cuando no aldeano o tejedor que “en su taller es más desgraciado que una mujer en dolores de parto”... Sin embargo, el viejo escribano advierte al joven de que ser escriba es mucho peor, porque “tendrás que padecer todos esos oficios para poder escribir” (Jiménez Lozano 1989: 122).

Mediante este texto el autor ficcionaliza su experiencia de la escritura, presentándola claramente como oficio, pero eso sí, un oficio duro

aunque también privilegiado, en tanto que permite conocer el resto de oficios y saborear tanto sus gozos como sus miserias.

Por otra parte, este texto también es importante porque señala hacia otra de las cuestiones principales que sustentan el concepto de la escritura de José Jiménez Lozano. Me refiero a su noción del oficio como una tarea artesanal⁴, en donde se ha de tener siempre presente que la escritura supone mancharse las manos de polvo, como decía la escritora sureña Flannery O’Connor⁵, descender a los muladares de la condición humana y correr tras las pasiones que arrasan el corazón de los hombres.

Ahora bien, al final de este largo y fatigoso proceso que constituye la escritura, el escritor no alcanzará la paz o satisfacción que se pudieran imaginar, sino que se encuentra, por un lado con la frustración de que “si ves a Sara o la oyes reír, no acertarás nunca a escribirlo” (Jiménez Lozano 1989: 122), como le dice el viejo escriba al joven aspirante y, por otro, se topa con las dudas que acompañan a este oficio. Dudas que conciernen a la lealtad de lo escrito para con los personajes y las historias: ¿he sido fiel a las historias que estos seres me han confiado?

“Entonces preguntamos a un puñado de personas si la narración les ha sacado de sus casillas cotidianas, si han olido tierra mojada, sentido frío y calor, y visto oscuridad o relámpagos y, desde luego, si han vivido las vidas que se narran. Siempre se tiene miedo de haber traicionado estas vidas incluso por pura inhabilidad de amanuense o espejo de ellas” (Jiménez Lozano, 1996: 161).

4. Según Jiménez Lozano, “también se trata de una cierta concepción del oficio de escribir como oficio artesano, como expresión de una manera de ser hombre y de estar en el mundo que no pide relevancia pública alguna. O hasta le molesta la relevancia como si se tratase de la invasión de algo indebido en la propia tarea.” José Jiménez Lozano (1994): “Por qué se escribe”, en *José Jiménez Lozano. Premio Nacional de las Letras Españolas 1992.*, Madrid, Ministerio de Cultura, Centro de las Letras Españolas, p.29.

5. La escritora norteamericana Flannery O’Connor (1925-1964) escribió varios ensayos de temática diversa, que abordan desde la naturaleza de la literatura hasta su experiencia como escritora. De uno de ellos titulado “Naturaleza y fin de la escritura”, compilado posteriormente en el volumen titulado *Mystery and manners*, rescato estas palabras por parecerme sobradamente elocuentes y en consonancia con la concepción del oficio de escritor y de la escritura que maneja Jiménez Lozano:

“Los materiales del escritor son los más humildes. La literatura trata de todo lo humano y nosotros estamos hechos de polvo, y si despreciáis mancharos de polvo, entonces no deberíais intentar escribir.

No es un trabajo lo bastante grande para vosotros”. Flannery O’Connor (2007): *Misterio y maneras*. Traducción de Esther Navio. Madrid, Encuentro, p. 84.

Aunque escapa a los límites de este artículo, no puedo dejar de señalar las múltiples concomitancias existentes entre el abulense y la escritora sureña, tanto en estas cuestiones como en muchas otras que, como digo, no conciernen a este trabajo. No obstante, para profundizar sobre este y otros aspectos remito a las páginas de *Mystery and manners*, traducido en España bajo el título de *Misterio y maneras* por la editorial Encuentro.

Así como otras incertidumbres que conciernen al temor de haber interferido en demasía en la narración y que hayan quedado *rastros* de su presencia. Por este motivo, Jiménez Lozano recurre en numerosas ocasiones a otras formas literarias que generan una distancia entre el autor y la historia creada: epístolas, cartas, manuscritos encontrados, conversaciones, etc. En definitiva, múltiples fórmulas narrativas que constituyen, a su vez, variadas formas de mediación⁶. De lo que se trata, en definitiva, es de poner entre historia y autor el mayor número de parapetos posibles con la intención de que la narración llegue al lector completamente acrisolada de cualquier rastro que el escritor haya podido dejar, libre del tan temido “mal aliento del yo” (Jiménez Lozano, 1994: 21).

Vistas las dificultades, no deja de sorprender que en todos y cada uno de los muchos escritos en los que trata sobre el oficio de escribir Jiménez Lozano muestre una y otra vez esa pasión tan irreductible por su “modesto y sencillo” hacer de escribano, y que cuando Gurutze Galparsoro le plantee la cuestión, responda tajante que escribe:

“Porque sí, porque es hermoso, apasionante; porque es vida. O como el condenado a muerte en su celda deja su nombre escrito en la pared, o los enamorados graban sus iniciales entrelazadas en el tronco de un chopo. La escritura se alza sobre la vida de los hombres como un cierto amparo frente al tiempo. Podemos transmitir una historia olvidada o la más pequeña y aparentemente más insignificante de todas. Es algo muy modesto y sencillo, pero admirable” (Jiménez Lozano, 1998: 12).

LOS MIMBRES DEL CESTO

Paradójicamente, Jiménez Lozano es muy consciente de que el oficio de narrar es, a la vez que modesto, también “muy ambicioso porque no pretende menos que levantar vida con palabras” (Jiménez Lozano, 2011: 11-12). Para este escritor -como a él le gusta llamarse-, lo fundamental del oficio no es el tema, la técnica o la construcción de la historia, sino las palabras. Como dijo en su discurso de recepción del Cervantes, “en la escritura, nadie es grande por su estilo, sino por su gramática” (Jiménez Lozano, 2003: 104), o siguiendo con el paralelismo del oficio artesanal que antes mencionaba, el abulense compara la labor de trenzar palabras con la del cesterero, quien hábilmente busca los mimbres más adecuados para entrelazarlos con esmero⁸.

Por tanto, es la gramática, la exacta combinación de las palabras lo que, desde su punto de vista, hace que un relato y los personajes que lo habitan cobren vida:

“Si los hombres y mujeres de una narración viven, están ahí es gracias a las palabras. Si la historia sucede, es gracias a las palabras. ¿Qué palabras y qué ordenación de las mismas son precisas para engendrar vida y acontecimiento? Las que, a su vez, son vida, acontecimiento en la realidad: sólo esas. No las palabras de los diccionarios, ni las que uno quiere; pero tampoco las palabras vacías, huecas, relucientes, extrañas, pintorescas. Sólo las palabras esenciales que son reconocidas en su cantilenación de algún modo instintivo” (Jiménez Lozano, 1986: 103).

6. Un ejemplo de la utilización del recurso del manuscrito encontrado aparece en la novela de *Parabolas y circunloquios de Rabi Isaac Ben Jehuda* (1985), así como en *Libro de visitantes* (2007), mientras que la reproducción de una conversación se utiliza en las novelas de *La salamandra* (1973) y en *Duelo en la casa grande* (1982).

7. Según declaraba en el libro-entrevista *Las llagas y los colores del mundo*, se llama a sí mismo “escribidor” por varias razones, pero sobre todo porque me parece una necesaria rebaja hasta el nivel de un andar por casa del empaque que ha adquirido hoy la palabra ‘escritor’, algo así como el de un título eminente o un oráculo público”. Guadalupe Arbona Abascal (2011): *Las llagas y los colores del mundo. Conversaciones literarias con José Jiménez Lozano*. Madrid, Encuentro, p. 20.

8. En el texto titulado “Sobre este oficio de escribir” publicado en el año 1996, el escritor afirma que “un escritor es ante todo un gramático de palabras verdaderas y digamos que la búsqueda de éstas da tanto trabajo como la de los mimbres del cesterero. Esas palabras deben ser arrancadas de raíz en la laguna de la vida y la memoria y, como cuando se arrancaba la mandrágora, también hay aquí un dolor y un grito, pero aquí del escritor que la arranca, después de mucha búsqueda, entre los viejos griegos o de la mendiga que alarga su mano”. José Jiménez Lozano (1996): “Sobre este oficio de escribir”, en revista *Archipiélago*, 26-27, p.159.

Estas “palabras esenciales” a las que se refiere Jiménez Lozano constituyen la lengua “carnal y verdadera” con la que el escritor aspira a desposar la realidad en cada uno de sus relatos. Se trata de una lengua “que hace que vivamos y desesperemos, que nos lacera, o por el que nos llena de alegría aquello que leemos y una escritura dice; esto es, realmente una lengua carnal y verdadera, y no una alquimia o juego de palabras, pura técnica del *ars dicendi*,” (Jiménez Lozano, 2003: 6). Términos depositarios de un saber antiquísimo, transmitido oralmente y que conforman una manera de ser, de estar y de enfrentarse al mundo que hoy día está en vías de extinción, aunque el autor conserva la esperanza y declara que

“Afortunadamente, todavía quedan islas o archipiélagos enteros en los que se habla un lenguaje carnal o verdadero que nombra y simboliza, y ordinariamente entre gentes no cultivadas o iletradas. Es un poco el destino de toda civilización que cae. Son sus clases menos cultivadas las que guardan la memoria antigua de las palabras, que, como decía Burckhardt, incluye también la memoria de los dioses y de los hombres asentados en los viejos fundamentos del vivir” (Jiménez Lozano, 2011: 83).

A sus ojos, solamente este lenguaje es capaz de insuflar el soplo de vida necesario para que sus personajes respiren, sus narraciones nos estremezan y su calmada belleza nos deslumbre.

Paralelamente, estas palabras son la clave del arco que sostiene esas “historias de hombre” (Jiménez Lozano, 1998: 43) que recogen sus relatos y de las que el escritor ha hablado en numerosas ocasiones. Las “historias de hombre” son otro de los elementos sobre los que Jiménez Lozano apuntala su inconfundible *ars narrativa*. Y ¿qué es lo que cuentan estas “historias de hombre”?

José Jiménez Lozano gusta de llamar así a aquellas narraciones que hablan pura y simplemente de las pasiones humanas, de la singularidad de cada vida y de su destino. Desdeñando abiertamente cualquier tipo de psicologismo o *faux brilliants*, el castellano apuesta siempre por

historias que adensan nuestra mirada sobre el vivir, que se perfilan como relatos fundantes de nuestra humanidad y cuya presencia es perenne en la historia de los hombres. Más allá de tiempos y lugares, estas historias de hombre enfrentan al lector con la medida de lo real, puesto que tocan “la gloria y la llaga de la naturaleza trunca del destino humano” (Jiménez Lozano, 2013: 22-23), según escribió el autor en un texto conmemorativo por el cuatrocientos aniversario de la publicación de las *Novelas ejemplares*.

Un ejemplo palmario de estas historias de hombre que digo sería la novela titulada *Un hombre en la raya* (2000), en la que Jiménez Lozano nos acerca al pueblo fronterizo de Atajo para contarnos la vida de César Lagasca y el peso que lleva sobre su conciencia tras los dramáticos acontecimientos que vivió durante la Guerra Civil española. Otro lo encontramos en *Agua de noria* (2008), relato que tiene como protagonista al comisario Valtodano. Hombre justo y honrado, cuyo corazón se verá enfrentado al horror casi inenarrable de la experimentación científica con seres humanos, mientras está resolviendo el aparente caso policial del secuestro de un anciano. Me limito a señalar solamente estas dos obras, pero los ejemplos a citar son tantos como títulos componen la bibliografía de este escritor, porque lo cierto es que en cada novela suya Jiménez Lozano aproxima a sus lectores a las realidades más profundas y desgarradoras de la condición humana.

Asimismo, el camino de la escritura en lo que se refiere a estas cuestiones de anudar palabras también resulta arduo y penoso las más de las veces para este escriba. Según cuenta, “porque hay que tachar, desprenderse de buena parte de lo escrito, y echarlo a la papelera, y hasta hay que arrojarlo todo en ella y volver a empezar” (Jiménez Lozano, 2002: 7). El escritor escribe y reescribe, sometiendo su trabajo a una despiadada y profunda labor de revisión. José Jiménez Lozano no comprende el oficio de escribir sin este trabajo de desmoche y así lo atestiguan sus dietarios. En ellos son frecuentes las anotaciones relativas al proceso de ascesis constante al que se somete el escritor, como ésta, recogida en el

volumen titulado *Segundo abecedario*:

“Al narrador y al poeta, se le plantea también ese estado previo de ascesis y *renunciaciones*: en el lenguaje, su transparencia, su simplicidad. No es cosa de dos días, y no se llega ahí sin atravesar muchas noches y, al final, se encuentra o no se encuentra el manantial de esa agua, las palabras que levanten la figura o el hueco de la ausencia o la memoria” (Jiménez Lozano, 1992: 125).

Una ascesis violenta, pero necesaria a sus ojos, en esa búsqueda infatigable de la pureza y la sencillez en el lenguaje, ya que el escritor tiene meridianamente claro que “incluso la hermosura debe ser a veces desechada en pro de una belleza más profunda, pero lo que no hemos venido a ver son ostentaciones y retórica” (Jiménez Lozano, 1992: 228).

LA ÚLTIMA INSTANCIA DEL OFICIO

Este somero recorrido por las principales cuestiones que sustentan el arte narrativo de Jiménez Lozano quedaría incompleto si no mencionara una tercera pata, aquella que se refiere al destinatario de su labor y que toma la forma de una pregunta simple, pero trascendental: “¿para quién se escribe?”

El abulense reconoce que en su trabajo de escribidor atiende, primeramente, a sus lectores y es muy consciente de que las historias de sus libros no pueden ser bien recibidas en todas partes, cosa que no le preocupa. Él considera que un escritor no debe aspirar a más lectores de los que le corresponden y renuncia por ello gustosamente a los circuitos comerciales en que actualmente se articula la industria cultural para ambicionar algo que, paradójicamente, hoy día sí que parece lo más difícil de conseguir: lectores. Así lo manifestaba en el 2003, en una conferencia pronunciada en la Residencia de Estudiantes cuando aseveraba categóricamente que “un escritor no tiene público sino lectores” (Jiménez Lozano, 2003: 29).

Codiciosamente, él se conforma con que le lean unos pocos, aquellos capaces de encontrar consuelo y compañía en sus historias: “Esto es

una ambición para mí y que no me conformo con menos: quiero que mis lectores sean míos. Esto es, de mis libros. Que sean ellos los que los descubran y que les hieran, que no puedan quedar inmunes a su lectura” (Jiménez Lozano, 1983: 79).

Pero más allá de esta ambición, Jiménez Lozano reconoce, a su vez, que toda su labor de escritor se orienta en último término a una instancia superior que constituye para él su punto de soldadura. La escritura jimenezlozaniana apunta siempre hacia una *presencia* que está en el vértice de sus historias y que se corresponde con el último interlocutor de su escritura. Una presencia sin la cual su oficio carecería de sentido: “la ‘presencia real’ de la que ha hablado Steiner es la que da verdad y solidez a la palabra misma y, desde luego, a la obra de arte” (Jiménez Lozano, 1994: 24-5).

Su mirada permanente hacia esa “presencia” permite incluir a Jiménez Lozano en una nómina de artistas que no se han arredrado a la hora de someter el fruto de su oficio a un juicio superior:

“Bach y Miguel Ángel compusieron música y pintura ‘soli Deo gloria’, como pensaban que el ruiñón cantaba. Y esa era la medida crítica, eso es lo que Miguel Ángel contestó al Papa cuando éste se quejaba de la demora en detalles y en perfección de la pintura del techo de la Sixtina que no iban a ser apreciados por nadie. ‘Con que Dios y yo lo veamos y nos complazcan, los demás están al cabo de la calle’ vino a decir el pintor; y, en realidad, cualquier otro pensamiento que pueda tener quien pinta o escribe o hace música rebaja la obra de arte e insulta, rebajándole igualmente, a su destinatario.” (José Jiménez Lozano, 1994: 24).

Tomando esta exigencia como punto de partida, resulta lógico que el escritor únicamente preste atención a un crítico, “el único crítico atendible” (Jiménez Lozano, 2006: 12) como él lo denomina, y se fije el “soli gloria Deo”, como máxima a seguir en su labor: “No hay crítico ni crítica en este mundo al que se pueda temer más, y no hay acicate mayor para el escrúpulo y el esmero estéticos que esa cuenta a dar. Y es cosa que

también se aprende entre los grandes: el ‘soli Deo gloria’ como instancia del oficio, última instancia” (Jiménez Lozano, 1994: 24).

Y es que cualquier lector de Jiménez Lozano sabe que sus historias siempre señalan hacia algo que está más allá de los márgenes de la página. Es lo que él llama la parte de atrás o la urdimbre del tapiz de lo que se cuenta. Desde su punto de vista, si la escritura no apunta a esa trama escondida, no hará justicia a la auténtica hermosura de la realidad. Él critica abiertamente una escritura destinada únicamente al entretenimiento y desdeña los divertimentos vigentes hoy día que no muestran ese envés del tapiz, que no apuntan nunca a esa presencia significativa más que humana. Cuando se escribe, dicho con sus palabras, se trata única y exclusivamente de confrontar “la escritura con el peso de lo real para saber si uno ha descubierto su parte de atrás, lo que de la realidad no se revela fácilmente” (Jiménez Lozano, 1998: 71-2), con el fin de rozar el plano del misterio.

El hecho de tocar con sumo primor la realidad en la que se inspira, junto a ese sometimiento de su labor al juicio de un único crítico hace que la escritura de Jiménez Lozano adquiera una dimensión teológica que es la que posibilita la prolongación de esa realidad más allá de los límites de lo tangible para entrelazarse con la dimensión última de las cosas. Es la pregunta por el destino, por Dios y por el sentido de la vida lo que impide que la narración quede reducida a mero divertimento y otorga a sus historias un innegable espesor teológico.

Ahora bien, cuando esta dimensión sacral de la literatura queda obviada por los imperativos de lo fáctico o es sojuzgada por criterios económicos, culturales o de cualquier otra índole, Jiménez Lozano considera que sucede lo mismo con la literatura que con la política y parafraseando a Adorno afirma que “lo que en ella no es teología es comercio, puede decirse con mayor radicalidad aún de la escritura, que, sin aque-

lla resonancia, o ventana abierta a lo que no es, resulta pura banalidad o caña hueca.” (Jiménez Lozano, 1996: 161), es decir, que si la literatura no atiende a esa presencia “extraordinaria” o divina, la escritura queda huérfana de su significado último.

ASUNTOS DE ESTE MUNDO

Lo expuesto hasta aquí no ha de conducir a la conclusión de que la escritura de Jiménez Lozano es una escritura confesional, sino a la idea opuesta: la escritura del abulense es absolutamente realista, por lo tanto, laica y enteramente vinculada a lo que sus *amigos* de Port-Royal denominaban “el uso delicioso y criminal del mundo”⁹:

“hasta la mayor parte de los relatos bíblicos, aun teniendo una significación teológica, son narrados literariamente, y ni siquiera son relatos de lenguaje religioso. El arte de narrar es un asunto naturalista, sometido, como el arte de pintar, al sentido estético y a una técnica. Narrar es asunto de este mundo” (Jiménez Lozano 2005: 128-129).

Como se ha ido viendo a lo largo de estas páginas, a los ojos de Jiménez Lozano la narración es un oficio modesto y profundamente enraizado en la realidad. Narrar es “asunto de este mundo”, qué duda cabe, y concierne a la materialidad de las cosas, pero nunca se ha de perder de vista la existencia de esa tensión que para Jiménez Lozano es inmanente al acto de narrar. Según su dilatada experiencia, el escritor ha de conjugar ambos vórtices, lo que supone el hercúleo esfuerzo de tener “los pies en el jardín de casa, y tocando con un dedo en las esferas del cielo”, que dijo Keats. (Jiménez Lozano, 2003: 102).

Partiendo de aquí, José Jiménez Lozano escribe con el convencimiento de que su labor narrativa forma parte de una larga cadena de narradores de la que él se considera, solamente, un eslabón más:

9. Por lo tanto, como dirían los señores y señoras de Port-Royal des Champs, con una formulación terrible, “si narrar es asunto de mundo, entonces pertenece, no al plano de lo religioso, sino al uso delicioso y criminal de este mundo”. Jiménez Lozano (2005): “*Monjas pintadas al gusto del tiempo*”, epílogo a *Monjas pintadas*. La imagen de la monja en la novela modernista, Salamanca, Junta de Castilla y León, p. 129.

El hombre lleva unos cuantos miles de años escribiendo, tratando de apresar un trozo de vida, de sorprender el lado de atrás de la realidad, de nombrar la belleza del mundo, de guardar la mención del amor, la alegría y la pasión y muerte de los hombres, y que yo estoy en la cadena de los de ese oficio para añadir una palabra pequeña, pero que sea verdadera y diga todo eso, deje traslucir toda esa hermosura” (Jiménez Lozano, 1998: 23).

Aunque las dudas no cesen de asolarle, el castellano permanece impertérrito en el oficio, perseverando en su condición de náufrago que no cesa en su empeño de pedir auxilio: “Así es este oficio, bastante similar al esfuerzo del náufrago que pone dentro de una botella su mensaje de socorro. ¿Lo

encontrará alguien, le lacerará, o le llevará vida, de tal manera que ya le guarde en el cosero de su ánimo junto a las otras, las cosas más íntimas y amadas?” (Jiménez Lozano, 2002: 8).

Pero además de continuar esta ingente tarea de transmitir una brizna de hermosura, vida y verdad en sus relatos, Jiménez Lozano echa sobre sus hombros la fragosa empresa de consignar mediante su escritura la memoria y la vida de los hombres. Enamorado de lo pequeño y de lo aparentemente inane, considera que toda historia de hombre es grandiosa, memorable y él su más rendido *fedatario*¹⁰, porque “como diría Max Frisch, los hombres son lo importante, y el Diluvio Universal -ese asunto de las grandes construcciones retóricas y épicas, y los grandes espectáculos- puede improvisarse.”¹¹ ■

BIBLIOGRAFÍA

- ◆ Arbona Abascal, Guadalupe (2011): *Las llagas y los colores del mundo. Conversaciones literarias con José Jiménez Lozano*, Madrid, Encuentro.
- ◆ Jiménez Lozano, José: “Desde mi Port Royal”, en revista *Anthropos*, 25, 1983, p.79.
- ◆ *Tres cuadernos rojos* (1986), Valladolid, Ámbito.
- ◆ *Sara de Ur* (1989), Barcelona, Anthropos.
- ◆ *Segundo abecedario* (1992), Barcelona, Anthropos.
- _____ “Por qué se escribe”, en *José Jiménez Lozano. Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*, Ministerio de Cultura, Centro de las Letras Españolas, 1994, págs. 19-34.
- ◆ “Sobre este oficio de escribir”, *Archipiélago*, 26-27, 1996, págs. 158-162.
- ◆ *La luz de una candela* (1996), Barcelona, Anthropos.
- _____ *Una estancia holandesa: Conversación con Gurutze Galparsoro* (1998), Barcelona, Anthropos.
- _____ “El oficio de narrar”, en *Contra el olvido*. Medina-Bocos, Amparo (ed.) León, Edilesa, 2002.
- _____ *El narrador y sus historias* (2003), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

- ◆ “Palabras y baratijas”, Discurso de recepción del Premio Cervantes, en *El Norte de Castilla*, 24 de abril de 2003, en revista *Anthropos*, núm. 200, 2003, págs. 102-107.
- _____ “Monjas pintadas al gusto del tiempo”, epílogo a *Monjas pintadas. La imagen de la monja en la novela modernista*, Salamanca: Junta de Castilla y León, 2005, págs. 105-136.
- _____ “Prólogo-coloquio de Guadalupe Arbona con José Jiménez Lozano”, en Flannery O’Connor, *Un encuentro tardío con el enemigo*, Madrid, Encuentro, 2006, págs.. 7-53.
- _____ “El oficio de escribir y sus asuntos” (2011), en I. Blanco Alfonso y P. Fernández Martínez, (coords.), *Entre la ficción y la realidad. Perspectivas sobre periodismo y literatura*, págs. 11-19, Madrid, Fragua.
- ◆ “La reclamación cervantina”, en revista *Leer*, 239, Febrero 2013, págs. 22- 23.
- ◆ Pozuelo Yancos, José María (2004): *Ventanas de la ficción*, Barcelona, Península.
- ◆ O’Connor, Flannery (2007): *Misterio y maneras*, Madrid, Encuentro.
- ◆ WEB OFICIAL DE JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, [http://www.jimenezlozano.com/v_portal/apartados/apartado.asp?te=15\[02/04/2014\]](http://www.jimenezlozano.com/v_portal/apartados/apartado.asp?te=15[02/04/2014])

10. Consigno aquí uno de los apuntes más bellos que he encontrado a lo largo de mis lecturas de los diarios de José Jiménez Lozano y que hace explícita referencia a esta idea a la que me refiero: “Es tan admirable la vida y tan admirable el hombre, que todo debiera conservarse, absolutamente todo: la luz de la mañana, los sonidos de la tarde, y cada cosa que le sucede a cada hombre. Incluidas sus fantasías, sus deseos eróticos o criminales, estúpidos o nobles, sus dudas, sus miedos, sus sufrimientos, la pobre ceniza de su mediocridad, los objetos, las naderías. Nada debería perderse”. Jiménez Lozano (1996): *La luz de una candela*, Barcelona, Anthropos, p.34.

11. PÁGINA WEB OFICIAL DE JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, [http://www.jimenezlozano.com/v_portal/informacion/informacionver.asp?code=195&te=83&idage=202&vap=0\[02/04/2014\]](http://www.jimenezlozano.com/v_portal/informacion/informacionver.asp?code=195&te=83&idage=202&vap=0[02/04/2014]).